

## LA TESIS DE MARTINO Y NUEVA RECENSIÓN DE LA MISMA DE

JOSÉ MONTOYA SÁENZ

### RESUMEN

Tras una introducción biobibliográfica de la lectura de aquella tesis, que hace el editor del presente volumen, el Prof. Montoya ofrece una valoración del libro que la recoge, desde el punto de vista del valor de la misma como investigación y como aportación a la comprensión de la obra de Aristóteles.

### ABSTRACT

After a biobibliographical introduction to the study of that thesis of the editor of the issue under consideration, Prof. Montoya makes an assessment of the book on which it appears, from the point of view of its value as a piece of research and as a contribution to the understanding of the work of Aristotle.

Como ha quedado claro en la exposición de la marcha de la vida de E. Martino, la Compañía en un momento determinado pensó que convendría preparar al Padre Martino, que había sido un magnífico profesor de Retórica, una vez que la formación en esa especialidad comenzaba a dar signos de quedar obsoleta, para que pudiera seguir ejerciendo su magisterio pero ahora en un campo que parecía tener más futuro y que era más necesario dentro de los planes de estudios teológicos. Y le encomendaron hacer la tesis en Filosofía, pero no le enviaron a estudiar a una Universidad eclesiástica sino a Madrid a la Universidad Central.

No sabemos si fue consejo del que hizo de director de la Tesis (Prof. Sergio Rábade Romeo) o fue determinación del mismo Martino. Probablemente fue un acuerdo. Y vemos en la base de tal acuerdo todo lo que vamos sabiendo de la personalidad de Eutimio Martino. “Si había que estudiar “Filosofía” vamos a comenzar por la base, es decir por ARISTÓTELES.

Martino debió llevar el agua a su molino y no se le ocurrió hacer una tesis metafísica, cosa que se hubiera podido esperar desde un planteamiento obediencial. Martino vio en el *De Anima* de Aristóteles una redacción muy adecuada para sacar a flote una cuestión de lengua, el tema de la comparación.

Tal tesis se leyó en 1973 y se publicó en 1975. Y el domingo 1 de junio de 1975 en diario ABC en su página 54 trae un reportaje que creemos vale la pena transcribir: “EUTIMIO MARTINO: LA COMPARACIÓN EN ARISTÓTELES.

El profesor Eutimio Martino de la Facultad de Filosofía de la Universidad Pontificia

de Comillas, ha cultivado una línea humanística como director de *Humanidades* y, mientras desarrollaba durante años una amplia labor docente e investigadora, ha venido publicando síntesis del mundo clásico grecolatino, como *Grecia, Roma* y la antología también de literatura clásica *La vida en el campo*. Ahora, en una línea estrictamente filosófica, sale a luz esta monografía sobre Aristóteles –*Aristóteles. El alma y la comparación* - aparecida en Gredos y que obtuvo el premio de la Fundación Bioter. *No es fácil dar en dos palabras en forma comprensible* – afirma el profesor Martino – *un objetivo que no se me ha revelado sino poco a poco. Al fin hemos llegado a contemplar a un filósofo tan grande como Aristóteles en algo tan diminuto como es la comparación por él empleada.*

*Llegué hasta ahí avanzando por una doble vía, práctica y teórica, ambas intraaristotélicas. La práctica consistió en una hermenéutica de las comparaciones que figuran en el tratado acerca del alma. En la imposibilidad de abordar toda la obra aristotélica, me concentré en un tratado tan representativo como éste. Esto limita en un sentido mis conclusiones, pero en otro las carga de representatividad.*

¿Cuál es, entonces, la función desempeñada en Aristóteles por la comparación?

*Independientemente de esa hermenéutica, ya en la vía teórica, he conjugado metáfora y comparación, conforme a la visión del mismo Aristóteles. Él exalta la metáfora como sello absolutamente personal de quien la emplea y como visión clarividente de la realidad mientras que, por otro lado, insiste en reducir la comparación a metáfora, al menos por lo que hace a su contenido. Esta vía vino a coincidir con la anterior. Aristóteles asigna teóricamente a la comparación aquellas mismas funciones que vimos desempeñadas en la parte anterior.*

- Si le comentamos al profesor Martino que ésta puede ser una visión estetizante de Aristóteles, no duda en responder que, aunque así fuera, no le haría daño al Aristóteles árido y abstracto de los manuales. *Se ha dicho de él que su pensamiento no se encarna, a diferencia del de Platón. Más bien digamos que no se desencarna.*

- *Pero lo importante es que de la conjunción de una y otras conclusiones brotó la visión de la comparación como sello del sistema en su carácter de corte vertical a través del mismo. En ella está la confianza de Aristóteles en el lenguaje, según aquello de que lo metafórico es lo que más enseña: también la aceptación de lo sensorial como fundamento del conocimiento: la importancia otorgada a la semejanza que no es precisamente analogía: el valor crítico de lo sensible: el testimonio ontológico de lo sensible a favor de lo supramaterial: la génesis del pensamiento siempre sobre el apoyo de la imagen sensible: y en fin la jerarquización paralela del ser y del conocer.*

Aquella entrevista la firmaba Anne Leroux.

Luego vinieron las reseñas, que fueron numerosas:

- 1975.- Sebastián de la Varga, en *Colligite*, 1975, p. 366-368.
- 1975.- Anónimo, en *Revista Educadores* (Madrid), 1975, 628-629.
- 1975.- F. Beltrán, en *Franciscanum* (Colombia) XVII, n. 50-51, 1975, 440-441.
- 1975.- M. Fernández de León, en *Studium* 2, 1975, 437.
- 1975.- José Antonio Míguez, en *Arbor*(Madrid), XCII, n. 357-358, 1975 (septiembre-octubre), 121-123.
- 1975.- A. Uña, en *La Ciudad de Dios* (Madrid) 188, n. 2, 1975, 290-291.
- 1976.- Anónimo, en *Estudios Lulianos* (Palma de Mallorca) 20, 1976, 122.
- 1976.- Anónimo, en *Stromata* (Argentina), 3-4, 1976, 448-449.
- 1976.- R. E., en *Les Études Classiques* (Bélgica) 1976, 78-79.

- 1976.- L. de M., O.F.M., en *Verdad y Vida* 135, 1976 (julio-septiembre), 445-446. (El mismo autor volverá con una nueva recensión mas positiva en la misma revista en 1978).
- 1976.- A. Reix, en *Revue Philosophique de la France* 2, 1976 (junio), 227-228.
- 1976.- Javier Ruiz, en *Helmántica* 3, 1976, 595-596.
- 1976.- J. M. Valderas, en *Folia Humanística* (Barcelona) XIV, n.158, 1976,
- 1976.- A. Zürich, en *Divus Thoma* (Italia) 3, 1976, 324.
- 1977.- Jean-Paul Boral, en *Revue de Theologie et de Philosophie*, 2, 1077, 167.
- 1977.- F. Osorio, en *Augustinus* (Madrid) XXII, n. 87-88, 1977, 400.
- 1977.- E. Rivera de Ventosa, en *Naturaleza y Gracia* (Salamanca) 24.1, 1977. 165.
- 1977.- E. Rodríguez, en *Mayéutica* (Navarra), 1977 (septiembre-diciembre), 392.
- 1978.- E. G .E., en *Estudios Filosóficos* (Valladolid), 75, 1978, 376-377.
- 1978.- L. de M., O.F.M., en *Verdad y Vida* (Madrid) 142, 1978, 274-275.
- 1978.- I. Ribeiro, en *Broteria* (Portugal) 1978 (octubre), 341.
- 1979.- F. Soria, en *Estudios Filosóficos* (Valladolid) 78, 1979, 354-355.
- 1980.- Anónimo, en *Archives de Philosophie* 42, n.4, 1980, 662.
- 1980.- Dominique Guiraud, en *Revue des Études Grecques*, 1, 1980, 575-576.
- 1981.- P. X. Despilho, en *Revue de Metaphisique et de Morale* (Francia) 86, 1981, 129.

Pero ha pasado ya una generación desde aquellas recensiones. Hemos querido tener una opinión objetiva y actualizada y hemos acudido a la persona que probablemente es el mejor conocedor vivo de Aristóteles. Él también hizo su tesis doctoral sobre el *De Anima* de Aristóteles y la hizo bajo la dirección del Prof. Aranguren y por su madurez, por su formación y por su sensibilidad pensamos que podía ser una fuente de información de toda fiabilidad. El Prof. José Montoya Saenz, catedrático de Filosofía ya emérito de la Universidad de Valencia oyó nuestra propuesta y aceptó el hacernos saber lo que pensaba de la tesis de Martino. Se lo agradecemos y adjuntamos aquí su breve ensayo sobre la tesis, o más exactamente sobre el libro publicado en Ed. Gredos, recogiendo la esencia de esa tesis doctoral.

-----  
 E. MARTINO, *El alma y la comparación*, Madrid, Gredos 1975 (Biblioteca Hispánica de Filosofía 85), 209 p.

J. Montoya Sáenz  
 Catedrático emérito de Filosofía  
 Universidad de Valencia

1.- Es éste un libro substancial, de ningún modo ostentoso: procedente de una tesis doctoral, reúne las buenas cualidades de este tipo de trabajos (cuando son verdaderamente notables: erudición medida, profundización del análisis, integración de las conclusiones) con la elusión de defectos no infrecuentes en ellos, como la desmesura de información adyacente y secundaria.

En cuanto, presumo, tesis en filosofía, el escrito no duda en atacar temas esenciales. Aborda un libro verdaderamente difícil, y ciertamente clave en la interpretación de Aristóteles, como es el escrito "*De anima*". Y lo hace con ímpetu, con pretensión de alcanzar la raíz misma del pensamiento epistemológico (y metafísico). Lo proclama así desde la página postportada, como el enigma que hay que resolver. "El alma es, en cierto modo, todas las cosas" (*De Anima* 431b 21). Autor yo mismo por aquellos años (o quizá más ajustadamente, perpetrador en el

sentido borgiano) de una tesis sobre las variedades del conocimiento en el *De anima*, estoy, según creo, en buenas condiciones para juzgar lo que en el libro presente resulta más apreciable.

2. Como parece, “comparación” quiere ser una traducción (no sistemática ciertamente, pero si adecuada en el contexto del estudio) de εἰκόν. El significado fundamental de εἰκόν es el de semejanza o imagen, y derivadamente el de comparación (El autor señalará después este carácter derivado al indicar que la comparación se basa en la semejanza).

La elección del término “comparación” no es por supuesto inocente. Señala ante todo el carácter activo del alma y de sus facultades: el alma compara, no se limita a *percibir* semejanzas. Probablemente algo de ello hay en la preferencia que el autor otorga a “comparación” sobre “metáfora”. No es que esta preferencia quede establecida de manera clara; por el contrario, es uno de los temas que retornan constantemente, tanto en el libro que estamos examinando, como en un artículo anterior, excelente, dedicado justamente a la metáfora (“Ser y valor de la metáfora”, *Humanidades XIII*, 1961, 161-192).

3.-En el artículo mencionado, la relación entre “comparación” y “metáfora” aparece ampliamente discutida. El autor, que cita con aparente aprobación la teoría de la omnipresencia de la metáfora en el lenguaje, de I. A. Richards, *The Philosophy of Rhetoric*, (London/New York, Oxford U.P., 1965), parece querer completarla o desarrollarla con la idea de comparación. Apelando al texto fundamental de Retórica III,4, acerca de la relación entre εἰκόν y metáfora, (y quizá sobreinterpretándolo un poco) arguye que en la comparación (εἰκόν), por medio de la partícula comparativa (como un león), parece indicarse una plena distancia intencional de quien emite el juicio, distancias que no se marca en la simple sustitución de una expresión verbal por otra: “La comparación es obra del raciocinio, lo mismo que el juicio literal [entrañado en ella], mientras que la metáfora es producto intuitivo” (p. 181). Tal vez la metáfora se corresponda con la comparación como la intuición con el raciocinio.

4.- Hemos aludido a una posible sobreinterpretación del texto de *Ret.* III, 4, en el artículo de 1961, al señalar la distancia entre los conceptos de comparación y de metáfora. En el libro del que nos estamos ocupando, de 1975, la distancia parece reducirse. En la segunda parte: “Aristóteles acerca de la comparación” y en especial en las pp. 129-137, el autor insiste en que Aristóteles ha vinculado íntimamente la comparación y la metáfora, tan íntimamente que podemos decir que no trata de la comparación sino para inculcar su reducción a la metáfora, al menos en su contexto conceptual” (p. 129). El contenido conceptual de la comparación y la metáfora es el mismo, la expresión de la semejanza, al menos mientras tomemos en consideración solo la metáfora propiamente dicha, es decir, la metáfora proporcional. (El autor reduce, acertadamente, las otras formas de metáforas que distingue Aristóteles, bien a la sinécdoque, bien a la metonimia).

Parece, pues, haber existido una mengua de la distancia establecida entre comparación y metáfora en el artículo de 1961, mengua que se refleja en el uso indistinto de “comparación” y “metáfora” que se utiliza en las páginas citadas (129-137) del libro que examinamos. Quizá, conjeturamos, haya influido en ello la revalorización de la metáfora por parte de Ricoeur del que se cita con aprobación un artículo fértil de 1972 (cuya obra magna sobre la metáfora es contemporánea con el libro de Martino: *La metafore vive*, Paris, Seuil, 1975).

5.- Si en las páginas 129-137, el autor parece proponer el uso indistinto de “comparación” y de “metáfora”, en la sección intitulada “La comparación y su validez cognoscitiva” (p. 147-161), opta por el empleo exclusivo de “comparación”, apelando a una doctrina aristotélica aplicable al concepto de comparación (pero no tan plenamente al de metáfora?).

Lo que encontramos en realidad en estas páginas es la propuesta de un cambio

de perspectiva. Como la metáfora, la comparación expresa una semejanza entre lo real y lo manifestado: es el contenido conceptual común a metáfora y comparación (en sentido lato). Pero si queremos, como el autor pretende utilizar el término “comparación” como instrumento específico para la comprensión de las actividades del alma (es decir para un análisis de lo mental), debemos cualificar el tipo de metáforas que queramos emplear: no sólo ha de ser acomodado “a la clase de objetos que encontramos en el *DA*” (es decir a los actos y facultades mentales) y tener un carácter intelectual (conjeturo: no excesivamente sensible) (p.148).

El autor encuentra (piensa que encuentra) esas cualificaciones en un pasaje (“precioso para nuestro estudio”) de la *Ética a Nicómaco* (EN 1103b 34 . 1104 a 19). El pasaje se refiere al modo como juzgamos la presencia o la naturaleza de realidades morales (tales como la templanza o el valor) o de cualidades no estrictamente morales, pero sí valorables (como la salud) a través de la presencia de determinados hechos o sucesos concretos, que podríamos llamar “ejemplos”: de templanza, de valor, de moderación, etc. El autor estima que en este tipo de preferencias encontramos una especie de principio general, que es válido tanto para la metáfora como para la comparación en este sentido más restringido: “Nos vemos obligados a recurrir al testimonio de lo manifiesto para dar a conocer, y aun llegar a conocer, las cosas que no se muestran directamente por sí mismas” (p. 149). El principio, según el autor, estaría presente en el pensamiento griego desde los presocráticos y se encontraría ya explícitamente formulado por Aristóteles en el texto arriba citado (1104 a 13).

6.- Tengo alguna duda acerca de la oportunidad de invocar ese principio para explicar la naturaleza de la comparación. El texto aristotélico se presenta en el contexto de la adquisición de los hábitos ( *hexeis* ) por medio de la repetición de acciones de un determinado tipo. El nexo entre hábito y acción parece más estrecho que el que existe entre realidad y comparación (o metáfora: hablaríamos más bien de inferencia que de comparación. No deseo urgir aquí este apunte terminológico contra la argumentación del autor, que piensa más bien, si lo interpreto correctamente que lo que hemos (nosotros) llamado inferencia sería un caso límite, y por cierto ejemplar, de la comparación: en este caso, la semejanza no sólo ilumina, sino que se constituye en última razón de la realidad.) Deseo tan sólo indicar una cierta laxitud, por parte del autor, en el empleo de “comparación”, al abordar lo que constituye sin duda el centro de su interés (la Primera Parte: *las comparaciones: texto y contexto*): la hermenéutica de las nociones fundamentales y de los principales capítulos del *De Anima*.

Dado que desde el principio nos hemos propuesto analizar solamente las raíces epistemológicas del estudio, no tocaremos más que ligeramente aquella sección hermenéutica.

7.- No objetábamos nada denigratorio al señalar cierta laxitud por parte del autor en el empleo de sus instrumentos analíticos; por el contrario, es seguramente necesario cuando se trata de establecer cualquier filosofía de lo mental. El autor mismo reconoce (p. 153) que seguramente no es posible establecer una conexión explícita, unívoca, entre el principio general acerca de lo manifiesto como vía para lo no manifiesto, y las comparaciones empleadas por Aristóteles en el *De Anima*, y ampliamente estudiadas por el autor en la primera parte mencionada, de carácter hermenéutico. Un estudio pormenorizado de esa sección nos mostraría con claridad la laxitud con la que el autor emplea la noción de comparación (véase como ejemplo, la comparación del alma en sus facultades, tanto intelectuales como sensitivas, con la mano como instrumento de sus instrumentos (Cfr.: Martino 97-100). Es una laxitud que el autor reconoce gustosamente al distinguir diversos tipos de comparación, según el modo como se aborda el objeto: de una manera explícita (manifestando el punto de la comparación) pero también entrañada / enigmática (p. 93),

yuxtapuesta / paralela (p. 104), anticipativa, etc. Lejos de ser un defecto, es un reconocimiento de la dificultad en el cumplimiento del principio general antes citado.

8.1. A pesar de esa laxitud (o quizá mejor, utilizándola con sutileza), podemos llegar a definir ciertas funciones que las comparaciones, tomadas en su conjunto, desempeñan de manera insustituible. La presentación de esas funciones se realizó de manera sistemática y recapitulatoria en la tercera parte (p.165-186). Pero quizá sea preferible eludir la rigidez de la parrilla conceptual que estructura esas páginas y recoger libremente algunas de las conclusiones a las que de forma exploratoria, se llegaba en las páginas anteriores (pp. 137-151) bajo el título “La comparación y su validez cognitiva”.

Una de las funciones de la comparación que Aristóteles menta repetidamente es la de  $\pi\rho\acute{o}\ \delta\mu\mu\acute{\alpha}\tau\omega\nu\ \pi\omicron\iota\epsilon\acute{\iota}\nu$ , traducido generalmente por “poner ante los ojos”, pero más precisamente por los ingleses (W. Rhys Roberts) como “making our hearers see things”. Siendo ella misma una metáfora, la expresión no puede aspirar a una dilucidación extrametafórica completa, más allá de representar las cosas como en un estado de actividad (*Rhet.* 1411 b 22ss). Nuestro autor (Martino 140-145) señala que los ejemplos, aducidos por Aristóteles de este “hacer ver”, apuntan tanto al terreno de la imaginación como al del entendimiento, así como a una frecuente conexión entre ambos, cuando se utiliza la metáfora proporcional. La impresión resultante de una metáfora que “haga ver” puede ser expresada así: “Cuán cierto! Y antes no lo veía!! (*Rhet.* 14<sup>a</sup> 20-21).

9. En la práctica, el autor (Martino) presenta este “poner ante los ojos” como una función básica de la comparación y la metáfora. Ello sugiere una conexión estrecha entre la doctrina de la comparación y la doctrina de Aristóteles (expuesta en *DA* 431b 2-10) sobre la imposibilidad de pensar sin imágenes. El autor subraya que no existe en Aristóteles una afirmación explícita de tal conexión, pero que es razonable pensar que, al menos, la doctrina sobre la imposibilidad de un pensamiento afantasmático ha pesado fuertemente sobre la explicación aristotélica de la metáfora y la comparación (Martino 157-161).

Aunque sin duda afectado por la natural nesciencia de la literatura posterior sobre temas afines, estimo que permanece sólida su argumentación y dignas de consideración sus conclusiones. De nuevo: un libro de substancia.